

Principio y fin

Amparo de Jesús Rincón Pérez

EL ORIGEN DE LA DISCUSIÓN

“¡Qué hermosa foto!”, dijo mirando fijamente nuestra primera fotografía de casados. Después de todo, era el único recuerdo de nuestra juventud. En ella aparecíamos con nuestro primer hijo, bueno, en realidad el segundo, ya que la primera falleció al poco tiempo de nacida.

“¡Lástima que seas una puta!”, exclamó despectivamente. Al escuchar sus palabras no pude reaccionar rápidamente. Acabábamos de cumplir cincuenta y ocho años de casados, teníamos doce hijos; en realidad habrían sido catorce, pero dos habían fallecido siendo todavía bebés.

“¿Qué dijiste? —contesté colérica. Sentía calor en todo el rostro, la sangre se había subido a mi cabeza. Sin pensarlo, arrojé el agua de mi vaso sobre su rostro—. ¡Desgraciado, infame, cobarde, poco hombre!”, le grité en varias ocasiones.

Ante los gritos, llegaron mi hija Silvana y mi nuera Camila, las únicas que estaban en ese momento en casa. Acudieron asustadas, pues era la primera vez que presenciaban un pleito de pareja, y no es que fueran raras las peleas, pero siempre creímos que eran cosa de dos. Sin embargo, esta vez no iba a permitir un insulto más.

Mi hija me abrazó, pues yo estaba fúrica, roja, manoteando sobre la mesa y gritando: “¡Compruébame, infeliz!”

Mi hija dijo para tranquilizarme:

—Déjalo, mamá, está borracho.

—¡Qué borracho ni qué nada! Siempre es lo mismo, y como nunca le digo nada, se aprovecha. Pero ya estoy harta, ya me cansé. Nunca pensé que en mi vejez seguiría soportando sus

humillaciones, sus insultos. De joven aguanté por ustedes, pero ahorita ya no.

—¡Cálmate, mamá!, te puede dar una embolia.

—Eso es lo que quiero, morirme, descansar.

Mi hija y Camila me sacaron de la sala, me subieron a la azotea donde jugaban mis dos nietecitos. Silvana bajó a ver a su padre y a reclamarle. Mi nuera no preguntó nada, yo tampoco le conté. Al poco rato subió mi hija, me dio un té. Yo seguía llorando, me abrazó y me preguntó:

—¿Ahora qué te dijo? —preguntó intrigada.

—Nada, simplemente que era una puta.

—¡¡¡Quéee!!!

—Lo que oíste, que soy una puta.

—¡Ay, mamá! Tú tienes la culpa por permitirle que te falte al respeto, por aguantarle tanto.

—¿Y qué quieres que haga?

—Por lo menos dale una cachetada y que aprenda ya a respetarte. Como siempre le has permitido todo...

—Pero esta vez ya me cansé, ya estoy harta, ahora sí me voy. Pero antes me tendrá que comprobar todo lo que ha dicho.

—Qué comprobar ni qué nada. Eso es aceptar que tiene razón y no es justo. Ahorita voy a llamar a mis hermanos para aclarar todo esto.

Era viernes, y el sábado normalmente vienen mis hijos a visitarme, así que podía esperar un día para platicar con ellos y poner fin a este asunto de una vez.

Viendo a mis nietos jugar, me fui calmando poco a poco. Empecé a recordar mi niñez, juventud y vejez. Siempre había sido lo mismo, padeciendo humillaciones y vejaciones.

Nací el 13 de enero de 1936 en el rancho San Antonio Caridad, ubicado en la localidad de Bajoveltic, perteneciente al municipio de Larráinzar, Chiapas. Mis padres eran los dueños, se dedicaban al cultivo del café, maíz, frutas, verduras, frijoles y flores. No éramos

indígenas, pero sí hablábamos tzotzil. Fui la tercera de la familia, pero la primera mujer; eso marcó mi vida. Tuve ocho hermanos; fuimos tres mujeres y cinco hombres.

Creo que, desde que nací, mi vida ya estaba marcada: ser mujer con lo que ello implicaba. Ser mujer en Chiapas, en México, ¿a quién le importaba? Podíamos ser golpeadas, maltratadas, incluso vendidas. Sin derecho a la educación, a un trabajo bien remunerado, a la prosperidad.

Desde que recuerdo, mi vida había sido de muchos sinsabores, de llanto y desesperación ahogados.

EL PRINCIPIO

Creo que, desde que nací, mi vida fue un desastre, puro sufrir y llorar. No me acuerdo de haber tenido momentos de alegría o diversión. Al ser la primera mujer, por tradición o por costumbre, tenía que apoyar a mi madre en todas las tareas del hogar. Tendría yo seis años cuando acarreaba el agua desde el pozo, y me enseñé a poner el maíz, a lavarlo y a molerlo en el metate para hacer las tortillas a mano; a prender el fogón desde muy temprano para hacer el café de olla. Poco a poco fui aprendiendo a guisar, a hacer tamales, pan, ponche, mole y todo lo que se acostumbraba; aprendí un buen recetario gastronómico.

Un recuerdo que nunca se me ha borrado de la memoria es que, cuando tenía que lavar el maíz —el cual se cocía con cal, de lo contrario no sirve para hacer tortillas—, metí las manos y me quemé; en lugar de consolarme o curarme, me regañaron. Desde niña aprendí a no quejarme; hacerlo era condición para el regaño o el castigo. Siempre reprimí mis sentimientos.

Nunca supe lo que eran los juguetes, los juegos o la diversión, todo el tiempo era trabajar y trabajar. La vida de mis hermanos mayores no fue diferente, también les tocó sufrir, pero no creo que al mismo grado que yo, o no lo sé, nunca tuvimos tiempo de compartir experiencias o de hablar de nuestros puntos de vista.

Desde pequeños ensillaban el caballo de mi papá y le preparaban los aperos para que se fuera a trabajar. Cuando él volvía, su tarea era desensillarlo, alimentarlo, asearlo y llevarlo al río a tomar agua. Además ayudaban en todas las tareas propias de los hombres:

araban la tierra, cultivaban, cosechaban, acompañaban a mi papá a entregar los pedidos, etc. Creo que ellos tenían más libertad que yo, o por lo menos podían salir a darse sus vueltas; en cambio, yo siempre estuve recluida en la cocina y en el hogar.

A veces nos poníamos a jugar a las “atrapadas”, uno corría y otro nos atrapaba. Al que agarraran primero, le tocaba atrapar a los demás. Ésa fue nuestra única diversión, pero nada más me cachaban, y mi madre decía que era una “chiva”, así se les decía a las niñas traviesas que corren de un lado a otro. Aunque había río, nunca aprendí a nadar, ellos, en cambio, sí.

Después de mí, nacieron dos hermanos, hombres. Y ni modo, así que no fui a la escuela.” ¿Para qué? —decía mi padre—, te casarás y te mantendrán, mejor aprende a cocinar, a lavar, a planchar y a organizar un hogar, ése es el secreto para mantener el matrimonio.” Y así fue, aprendí todo lo que una mujer debe saber para mantener el hogar.

En la cocina y en el rancho crecí sin orientación, alejada de la realidad. Mi padre tenía un rancho muy grande, ahora sólo quedan restos de él; mis hermanos se encargaron de malbaratarlo y destruirlo.

Fuimos varios hermanos, pero sólo sobrevivimos ocho, cinco hombres: Manlio, Laureano, Roberto, Rodolfo y Sixto, y tres mujeres: Milena, Graciela y yo, pero ellas llegaron mucho después. Tenía tan sólo doce años cuando nació Milena y dieciséis cuando Graciela. Ya ni siquiera vivía con mis padres. No supe si ellas, por ser mujeres, fueron tratadas igual que yo; tampoco tuve el tiempo o la oportunidad de conversar con ellas al respecto.

Me tocó cuidar a todos mis hermanos: cargarlos, darles el biberón (cuando mi mamá no tenía leche o cuando se enojaba), sacarles el aire, cambiarles el pañal, incluso bañarlos. Para mi madre, sus consentidos fueron siempre mis hermanos, tal vez por ser hombres, por ser los mayores o por ser los pequeños, no lo sé. Hasta llegué a pensar que yo no era hija suya, pues nunca conocí una caricia o

una palabra de cariño, siempre trabajo y más trabajo. Jamás recibí un consejo ni orientación.

Recuerdo que tenía como once años cuando reglé por primera vez. Obviamente, me espanté. Se inició con un fuerte dolor de vientre por la mañana, pero no dije nada. Era tal el distanciamiento entre mi madre y yo, que preferí consultarle a María, una india que la asistía cuando mis hermanos nacían. Ella me dijo: "Es que ya estás lista para tener hombre". Por supuesto, no le entendí nada.

Por la tarde sentí que me orinaba. Fui al baño, si es que se le puede llamar así a una letrina grande y profunda. Mi ropa interior estaba manchada de sangre; empecé a llorar. María me escuchó y me preguntó si otra vez me habían pegado, le dije que era algo peor. Salí y le conté. Ella me abrazó y me dijo en tzotzil que no me preocupara, que ¡era normal!, que eso les pasaba a todas las mujeres. Era un castigo de Dios porque hacía mucho tiempo una mujer, Eva, se había portado mal.

Me hizo un té de hierbasanta que sabía muy amargo. Me lo tomé sin azúcar, muy caliente y rápido para que se me quitara el dolor y así fue, en un rato ya no me dolía el vientre. Me enseñó a hacer unas almohaditas con tela de desperdicio para ponerme como "caballito", dijo ella, para que no me manchara la ropa. Me aconsejó que, cuando esto me pasara, colocara un pedazo de "nayo" (plástico) dentro de mi falda, porque los hombres no deberían verme manchada. Me espanté, ¿pues cada cuándo iba a pasar esto? Ella me dijo que cada veinte o treinta días.

Ella me explicó también que me saldrían pelitos en la "cucharita" (vagina) y en los sobacos (axilas), y que también me empezaban a crecer las "chichis" (senos), porque era la señal de estar lista para tener hombre (marido).

Así me estaba explicando, cuando mi madre me llamó enojada al no encontrarme en la cocina preparando las tortillas. María me acompañó y le explicó el acontecimiento que me convertía en

“señorita”. Mi madre no dijo nada, ni se alegró ni se enojó. Tampoco recibí una palabra de aliento o de consuelo, mucho menos explicación alguna. María le dijo que me había dado un té porque me dolía el vientre, ella contestó: “¡Chillona!, es mejor que te vayas acostumbrando, pues cada mes te va a doler. Sólo se te quita cuando estás esperando hijos. Pero ni pienses que esos dolorcitos son fuertes, espérate a que nazcan tus hijos, esos sí que son dolores”. Y entre dientes masculló dirigiéndose a María: “¡Ésta ya va a empezar con las calenturas!”

Me mandó a descansar. Ella supuso que María ya me había explicado todo, así que ni se preocupó por contarme o explicarme nada. Mi madre estaba embarazada, pero la verdad es que nunca me di cuenta de lo que esa palabra significaba. Era tan poco el contacto que tenía con ella, que no me daba cuenta de que su vientre se abultaba y disminuía cada cierto periodo de tiempo.

Tampoco sabía de los partos, sólo me acuerdo del nacimiento de mis hermanos porque mi papá salía a caballo y regresaba con mi madrina Raquelita. Ella era quien la auxiliaba, junto con María, y entre las dos la atendían. Luego mi madrina salía y pedía agua caliente y una vasija de peltre blanco grande. Ellas se encargaban de todo, yo sólo ponía el agua a calentar y me decían que tuviera preparadas las mantas de algodón. Al poco rato se oía el llanto del niño. Nunca oí gritar a mi madre ni quejarse; no sé cómo le hacía.

Mi padre era quien elegía el nombre de mis hermanos, y mi madre el de mis hermanas; era una costumbre. Como yo nací un 13 de enero, día de san Hilario, me pusieron Hilaria. A mi mamá no le costó mucho trabajo buscar mi nombre.

Jamás supe cómo se hacían los hijos, nadie me lo explicó tampoco y nunca lo pregunté. Era un tema prohibido, mejor ni hablar de ello. Pero los niños me gustaban, los veía tan indefensos y tan tiernos. Me gustaba darles su mamila, bañarlos, ponerles talco o aceite, sus camisitas de manta y cambiarles el pañal, aunque no me gustaba lavarlos, eso me daba asco.

Siempre me llamó la atención el ombligo, el cual era un nudo. Había que limpiarlo muy bien hasta que se cayera. En cada cambio de pañal había que fajarle la pancita para que no se botara. Una vez que se caía, había que enterrarlo en el patio de la casa para que no se perdieran los orígenes.

Aprendí a cuidar niños con María, ella me explicaba todo. Aunque mi madre los amamantaba, era María quien les sacaba el aire y los curaba de empacho. Ella me explicó que no debía darles el aire y que no tenían que pararse antes de los dos meses de nacidos, pues se les caería la mollera y entonces podrían morir, que debíamos protegerlos con un ámbar y un listón rojo para evitar que les hicieran "ojo" y muchas otras creencias.

Aunque María cuidaba a mis hermanos la mayor parte del tiempo, yo aprendí a cuidarlos por petición de mi madre, ya que María también tenía hijos constantemente, como si fuera un negocio tener tanto hijo o como si fuera competencia por ver quién tenía más. María tuvo como quince niños, uno tras otro. Así que me entrené a cuidar niños con mis propios hermanos.

Nunca fui a la escuela. El único aprendizaje que tuve fue hacer tortillas, tamales, atoles, mole, asado, cocido y muchos otros guisos; así como hacer el aseo de la casa: lavar, planchar, bordar, costurar, en fin, aprendí lo que una mujer debía aprender. La escuela no era para nosotras, sólo para los hombres, según mis padres.

Nunca supe qué era la adolescencia o pubertad, eso lo comprendí con mis hijas. Mucho menos supe de fiesta de quince años, ni siquiera sabía de cumpleaños, éstos pasaban inadvertidos. Aunque, eso sí, mi papá me compraba ropa y zapatos a su gusto, claro. Él elegía los colores que, según esto, eran para mí. La ropa no debía ser de colores chillantes, ni pegada y tampoco corta; nunca en mi vida he usado pantalones, siempre falda o vestido, era la costumbre. Sabía que me compraría zapatos porque me medía el pie con un hilito; siempre me compraba un número más grande para que me duraran.

A la edad de catorce años, me llevaron del rancho a la población más cercana, a San Andrés, pues mis hermanos empezaban a estar nerviosos con las hijas de los peones, y mi papá no quería que se comprometieran con ninguna y tener conflictos con los padres de ellas. San Andrés fue la primera población que conocí. Ahí estaba la Presidencia municipal, la escuela con cancha, una clínica, la iglesia, tiendas y mercado.

Como era “nueva” en el pueblo, había gente que quería hacerse mi amiga o amigo. Así conocí al que sería mi marido. Él jugaba basquetbol, era del equipo del pueblo y jugaba muy bien. Yo nunca había visto un partido, y el primero que vi, fue cuando lo conocí. Me miraba de reojo y me sonreía. Yo sentía cosquillas en todo el cuerpo y bajaba la vista. En el fondo, me gustaba que me mirara. Mi hermano mayor se dio cuenta de ello y me acusó con mis padres de andar de coqueta. Ellos, por supuesto, me cintarearon y reprendieron por andar, según ellos, de “loca”.

A partir de ahí, me dio miedo ir a los partidos y a las fiestas, pero era inevitable ir al mercado o a la tienda, después de todo era la hermana mayor y la encargada de surtir la despensa. En una de estas idas me lo volví a encontrar, me ofreció ayuda para cargar la canasta con verduras y, como pesaba tanto, acepté, pero también porque me agradaba su compañía.

A la hora de darle la canasta, tocó mi mano y me estremecí, pero esa sensación me gustó. Aunque no me agradaba mucho ir al mandado, con tal de verlo ya no protestaba. Así fueron mis primeros encuentros amorosos, si se pueden llamar así, pero no faltó quien me viera y me acusara, así que volví a ser regañada y golpeada. Llegó un momento en que no me importaba, sólo quería seguir mirándolo y platicar. Siempre buscaba la manera de escabullirme a escondidas y encontrarme con él. En una de esas escapadas fue cuando nos besamos por primera vez, fue una sensación agradable que recorrió todo mi cuerpo. En ese momento comprendí lo que María había querido decir cuando afirmó que estaba lista para tener hombre.

Los siguientes encuentros también fueron agradables, pero ahora eran acompañados de ciertos manoseos por varias partes del cuerpo que aumentaban más la emoción y también la sensación de gusto.

Tampoco en esta ocasión faltó quien nos viera y nos acusara. Cuando llegué a la casa, no sólo mi madre estaba esperándome con un cinto, sino mis hermanos, pues mi padre estaba en el rancho y, ante su ausencia, ellos eran los “jefes” de familia. Me cintarearon a gusto, hasta quedar arrodillada ante ellos, suplicando su perdón, pero faltaba lo peor: mi padre, quien había salido de viaje y llegaría hasta el fin de mes.

Mi madre no sólo me dejó de hablar, sino que me quitó la responsabilidad de la cocina. Mi función ahora era lavar, planchar y almidonar la ropa, hacer el aseo de la casa y cuidar a mis hermanitos.

Mi novio me buscaba y se enteró de la situación. Supongo que se sentía responsable, porque vio la manera de acercarse a mí. Me mandó mensaje con un indígena. Dijo que al final del sitio me vería en un rato. Las casas eran muy grandes, tenían un patio enorme o jardín y le llamaban sitio porque ahí se sembraban árboles frutales, maíz, calabazas, chayotes, flores, etcétera.

Me fui al final del sitio y ahí lo vi. Me abrazó y me propuso que me fuera con él a vivir. Una propuesta oportuna. Era el momento de irme y escapar. Pensaba que a mis padres no les importaría mi ausencia; después de todo, sentía que no me querían, por lo que ni siquiera se darían cuenta de que ya no estaba en la casa; me preocupaba además la ira de mi padre. Él no era una persona muy expresiva, jamás me había dicho que me quisiera, pero siempre que le servía la comida, me agradecía, sonreía cuando me miraba; cuando se despedía para irse al rancho, me daba un beso y, en ciertas ocasiones, me llegó a defender de los regaños de mi madre, diciéndole que primero me enseñara a hacer las cosas.

Nunca presencié pleitos entre ellos; la verdad es que eran muy inexpresivos. Tampoco vi, o no quise ver, si se acariciaban. Mi

papá se enojaba poco, pero cuando lo hacía, gritaba, y a nosotros nos pegaba, como si con eso arreglara las cosas, pero nunca vi que le pegara a ella.

Mi madre, en cambio, siempre estaba de mal humor. Regañaba todo el tiempo y por cualquier cosa nos pegaba; en realidad, no me acuerdo de que a mis hermanos les pegara también. Lo cierto es que siempre le tuve miedo. Casi no hablaba con ella, todos los días la saludaba con un “buenos días, mamá”, y ella contestaba secamente: “buenos días”.

Aunque la reacción de mi padre sí me preocupaba, más me aterrorizaba lo que mi madre y mis hermanos le dijeran. La verdad es que ya no me preocupaba nada. Pensaba y sentía que no me querían, que era un estorbo, que a nadie le importaba y, de todas maneras, me golpearían y castigarían. Así que, sin pensarlo dos veces, amarré en un rebozo dos mudas de ropa, esperé el silbido y me fui con él. En ese momento no me importó nada ni nadie, me fui con la única persona que, según yo, me quería y me defendería. Así fue como inicié mi otra vida.

Por eso me dolió tanto que me tratara como a una puta. Él fue y ha sido el único hombre en mi vida. Aunque siempre me celaba. No podía platicar con nadie porque siempre malinterpretaba las cosas, así que nunca tuve amigos o compañeros.

MI OTRA VIDA

Me fui con él a San Cristóbal. Caminamos toda la noche, llegamos de madrugada y dormimos en un hotel o posada que le llamaban. Tenía para entonces quince años, casi dieciséis. Así pasé mi primera noche con él, entre las emociones percibidas y los sentimientos de culpa que yo sentía.

Este primer encuentro en la intimidad, desconocido para mí, fue entre doloroso y agradable, no sé cómo describirlo. Ahora en las telenovelas y entre los matrimonios jóvenes le llaman “luna de miel”; en mis tiempos y en mi vocabulario, eso no existía.

Al otro día nos fuimos a Tuxtla y tomamos un camión. Yo iba contenta, la verdad es que ya no me importaban ni mi mamá ni mis hermanos; sólo sentía cierta pena por mi padre. En Tuxtla nos casamos. No me acuerdo cómo le hicimos, porque yo era menor de edad, a lo mejor mi marido sobornó al juez. Ahora sé que hubo testigos, pero nunca los conocí ni ellos a nosotros, fueron personas del Registro Civil.

Fue una semana larga y maravillosa. Era la primera vez que conocía un lugar distinto. Para mí era como descubrir el mundo, fui al parque central, a la iglesia de San Marcos, a Terán y a otros lugares de los que no recuerdo sus nombres. Él se portó lindo conmigo, me tomaba de la mano, me abrazaba, me mimaba y cuidaba tanto que me sentía protegida.

Sin embargo, esos momentos tan lindos no podían durar toda la vida. Cuando se acabó el dinero que traía, regresamos a la realidad, cruel realidad. Creí que nunca regresaríamos, así que,

cuando me lo dijo, me puse fría y empecé a temblar. Yo no quería regresar. “Vivirás conmigo”, dijo.

De regreso al pueblo no me podía quitar de la mente la imagen de mi madre encolerizada, con tremendo fuste en las manos, esperando mi llegada. Él me tomó de la mano y sintió mi miedo, trataba de tranquilizarme, pero yo no podía superarlo.

En el camino se encontró con unos arrieros que le dijeron:

—Ándate con cuidado, don Roberto y doña Fulvia [mis padres] están muy enojados, dicen que te matarán. Ya habló con doña Ruperta [su abuelita] para reclamarle la deshonra de su hija.

—¿Qué dijo ella?

—Que a ver de a cómo les toca. Que ella es una buscona y que te provocó para que te la llevaras, pues no aguantaba los malos tratos que le daban.

—¡Mejor pélate, compa!, ya no regreses, empieza otra vida lejos.

—No, no tengo dónde ir. Voy de regreso a ver qué pasa.

Llegamos al pueblo casi escondiéndonos, y fuimos a la casa de su abuelita. Hasta entonces supe que era nieto de doña Ruperta, una mujer muy temida en el pueblo. Tenía fama de ser aguerrida y de armas tomar. Cuando llegamos a su casa, lo cacheteó y lo insultó. Le gritó:

—¡Habiendo tantas mujeres, mira con quien te veniste a quedar! Ahora ya ni modo, su padre está enojadísimo y te quiere matar, pero no te preocupes, si nos busca, nos va a encontrar. Tú, muchacha ¿cómo te llamas?

—Hilaria —contesté presa del miedo.

—Aquí nada es gratis, hay que trabajar para ganarse el pan diario. Así que, si quieren vivir conmigo, tendrán que trabajar duro. ¿Sabes hacer tortillas?

—Sí —contesté pausadamente.

—Pues a darle, ahí está la masa y el fogón. Si quieres tener hombre, hay que procurarlo.

La noticia de nuestra llegada corrió rápidamente. Yo estaba haciendo tortillas cuando escuché gritos y empujones.

—Déjeme entrar, quiero ver a mi hija —era mi padre, quien pedía verme.

—Aquí no entra nadie —dijo doña Ruperta, empuñando una pistola.

—Entonces dígle a Hilaria que salga, quiero verla.

Salí con mucho miedo. Mi padre no gritó, no me pegó ni me reclamó nada. Sólo me abrazó y me dio un beso. Me dijo: “¿Por qué nos causaste este dolor tan grande?” No respondí nada, seguía abrazada a él, sintiendo cómo las lágrimas corrían por mi cara...

—Si te quieres regresar a la casa, no hay problema. Te perdonamos todo. No te quedes con esta gente, es mala. Por favor, hijita, regrésate conmigo ahora.

Si lo hubiera escuchado, me habría ahorrado muchos sinsabores. Pero no podía olvidar a mi madre y a mis hermanos cintareándome, regañándome, implorando su perdón. Así que me armé de valor y le dije:

—Siento mucho haberle causado tanto daño, papacito, pero no me quiero regresar con mi mamá. Creo que ella no me quiere, mejor me quedo aquí.

—No digas eso, hija, sé que tu madre a veces es muy seca, pero no es que no te quiera, ella es así.

Creo que el cariño no se esconde, se demuestra y se siente, pero yo no sentía el de mi madre hacia mí. Veía cómo trataba a mis hermanos: cuando se caían, los curaba, les costuraba su ropa, los abrazaba. En cambio a mí, nunca me mostró cariño, hasta llegué a pensar que no era su hija. Pensé que si mi madre me extrañaba, era porque no tenía quien le hiciera la comida o el aseo.

Al ver que no iba a regresar a casa, mi padre se despidió de mí y me dijo que si fracasaba, que regresara a la casa. Le di las gracias, me dio la bendición, un poco de dinero y entró a hablar con doña Ruperta. Hablaron de cómo su hijo [nieto] iba a mantenerme; de que si me golpeaba, lo demandaría; de que yo no estaba sola, etc.

Como era de suponerse, dada la fama de doña Ruperta, ella le dijo que no era su vida, que su hijo sabría cómo mantenerme y que si él llegara a golpearme, sería porque yo me lo habría buscado.

No me extrañó no ver a mi madre. Como dije, siempre supuse que yo no le importaba.

Así inicié mi vida de casada, con una suegra que no lo era, pues mi marido era en realidad hijo de su hija, Salvia, quien había tenido por ahí un desliz amoroso y, al estar embarazada, la mandaron lejos del pueblo para evitar la deshonra. Cuando el niño nació, lo registraron como hijo de doña Ruperta. Así que mi marido vivió y creció con su abuela como si fuera su madre verdadera, mientras que doña Salvia fue enviada a la ciudad de México, donde conoció a otro señor con quien se casó y tuvo tres hijas más.

Doña Ruperta era una mujer recia, dura de carácter, pero muy trabajadora. Había enviudado y no se había vuelto a casar. Ella siempre dijo que los hombres eran estorbos, delincuentes, borrachos, golpeadores, y que ella no necesitaba a ningún hombre para salir adelante. Ser una mujer sola era mal visto por todo el pueblo. Con cuatro hijos a costas, se dedicó a la compra-venta de aguardiente; eso le generó mala fama. Nunca permitió que le faltaran al respeto, siempre exigió y defendió sus derechos “a punta de pistola”. El arma que le dio fama fue la única herencia de su marido y con ella se ganó el miedo o el respeto de los demás.

Nunca supe si fue por eso por lo que tenía fama de ser una mujer muy mala, ya que tanto los indios como los ladinos le temían. Lo cierto es que no le tenía miedo a nadie, con ella pocos se metían. Enseñó a sus hijos a defenderse y a defenderla; no les permitía ningún insulto. Por eso le dolió tanto la burla y embarazo de su única hija, mucha gente lo vio como un desquite o castigo por sus malas acciones y, ante eso, decidió enviarla fuera del pueblo. Ella siempre pensó que fue una venganza orquestada. A pesar de todo, siempre la admiré y respeté, ya que supo salir adelante sin apoyo de nadie, sorteando todas las dificultades.

Mi vida, al principio, no fue mala; por el contrario, la disfruté. Acostumbrada al trabajo, me adapté rápido al modo de mi suegra. Ella era una gran cocinera, hacía de todo, hasta pan en horno de leña, así que aprendí muchas cosas con ella. El problema fue que no me embaracé enseguida, tardé dos meses en hacerlo. Ella mascullaba entre dientes: “Ésta es machorra, no dará hijos”, y mi marido se enojaba.

A los tres meses de vivir juntos ya no me llegó la regla, hasta entonces entendí las palabras de mi madre y el significado del embarazo. Mi marido se puso contento y mi suegra más, pero me advirtió: “¡Ay de ti si es hembra!” Qué importaba el sexo, pensé yo, pues no me importaba mucho.

Mi situación de embarazada no cambió nada. Fue el mismo trabajo y la misma rutina. No salía de casa, todo lo compraban mi marido y mi suegra, así que no sabía del mundo exterior. Eso, en realidad, no me importaba mucho, al contrario, me agradaba no estar en boca de la gente, aunque de todas maneras lo estaba: que si me golpeaban, que si me explotaban, que si me escondían, pero como yo no los escuchaba, no me afectaba.

Los rumores de mi embarazo llegaron a oídos de mi padre, quien fue a visitarme un día, solo, como era natural. Mi madre ni siquiera me buscó; yo tampoco. Mis hermanos sí se acercaron a mí, siempre preocupados de cómo me trataban y cómo me sentía. La verdad de las cosas es que estaba mejor de casada que de soltera. Tal vez porque nunca exigí nada.

LA MATERNIDAD

Mi primera hija nació cuando yo tenía dieciséis años. Le puse María Elena, ese nombre siempre me gustó; era de tez blanca y de cabello rizado como el de su padre, muy linda y gordita.

Recuerdo que los dolores del parto fueron muy intensos y dolorosos, empezaron tres días antes, con dolor en la cintura, luego fueron aumentando, hasta el momento del alumbramiento. El parto fue tan doloroso que me juré a mí misma no tener un hijo más. Cuesta mucho tenerlos, pero no es lo que una quiera, sino los que Dios te mande, eso dijo mi madrina Raquelita cuando me auxilió.

Mi marido estaba contento y mi suegra también. A pesar de haber dicho que no quería mujeres, al ver el parecido con su hijo, se puso feliz. Me consintieron mucho, me llevaron caldo de gallina, atoles y verduras para que tuviera suficiente leche. Guardé los cuarenta días reglamentarios, pero después regresé a la normalidad, a las tareas de cocina y aseo habituales. Ahora era más difícil y complicado, pues tenía que compartir esas obligaciones con los cuidados de la niña. Ahí fue donde empezaron los problemas.

Cuando nació mi hija, fueron mis padres a verme. Me dio gusto ver a mi madre a un año de distancia, pensé que me había perdonado, pero fue tan inexpresiva que me desconcertó. Mi papá me abrazó y tomó en brazos a su primera nieta. Mi madre ni siquiera me habló ni me felicitó, sólo dijo secamente: "¿Ya te fajaste?, si no, vas a quedar panzona". Eso fue lo único que dijo. Lo que más me dolió fue que ni viera a mi hija, a su nieta; ahí confirmé el rechazo que siempre me tuvo.

Entre las tareas cotidianas y las del cuidado de la niña, descuidé las obligaciones maritales, hecho que generó el descontento y mal humor de mi marido, por lo que un día me tomó por la fuerza y me golpeó. Mi suegra intervino, me defendió, pero me dolió tanto, que a la primera oportunidad me fui con mis padres.

No sé qué fue peor, si irme o quedarme. La vida con mi madre no fue tan diferente como con mi suegra; esta última por lo menos platicaba conmigo. Aunque inexpresiva, se interesaba en los cuidados de la niña, la curaba de los empachos y, en ocasiones, era cariñosa. Mi madre, en cambio, quería a una criada con ella, me sentía como arrimada. A la semana de mi huida, mi marido fue a buscarme, pero no lo recibí. Me amenazó entonces con quitarme a mi hija y así fue. A las dos semanas se presentó con la autoridad acusándome de abandono de hogar.

Mi padre intervino diciéndole al juez que él me había golpeado, que había puesto en peligro mi vida y por ello me había salido de la casa. El juez dijo que no había denuncia ni testigos, así que o regresaba a mi casa o me quitaban a la niña. No tuve más remedio que regresar con él y mi suegra.

Semanas después me volvió a golpear. Dicen que de la bilis que derramé se contaminó mi leche y envenené a mi hija, pues ella se puso malita. Empezó con mucha diarrea y llanto. La llevamos al doctor hasta San Cristóbal, pero ya no pudimos hacer nada. Ella murió un día después. Quedé deshecha e inconsolable, con mucho resentimiento hacia mi marido. Mi niña tan sólo tenía ocho meses de edad.

No teníamos cómo pagar el sepelio. Le pedí dinero a mi padre, quien me apoyó y me dijo que regresara a la casa; al no haber niños, no había problema. Lamentablemente ya estaba embarazada por segunda vez, pero tampoco quería vivir con mi madre, así que decidí quedarme con él.

Mi hijo Candelario nació un 2 de febrero, día de la Virgen de la Candelaria, y había fiesta en el pueblo. Mi marido y mi suegra

estaban locos de contentos, pues finalmente había nacido un varón. Ahora lo cuidé más que a nadie, no quería perder a un hijo de nuevo. Después de Candelario nacieron mis otros hijos, con un lapso de dos años cada uno hasta sumar trece en total, aunque mi hija Bety falleció a los veinte días de nacida. De mis doce hijos, ocho nacieron en Chiapas y los cuatro restantes en la ciudad de México.

Mi hijo Candelario vino a dar luz a mi vida otra vez. Era mi razón de vivir y de trabajar. Lo consentía demasiado y eso provocó la ira de mi marido y la intromisión de mi suegra, lo que generó más problemas. Este hijo mío, por ser el primero, tuvo el privilegio de ser el único al que pudimos retratar siendo niño, en esa foto de la discordia.

La fotografía en el pueblo era un verdadero lujo, así que teníamos que ir a San Cristóbal a un estudio y ahí retratarnos. Me acuerdo de que esa foto fue circunstancial. Habíamos ido a dejar algunas cosas de venta y a comprar material para su abuela, de paso nos tomamos la fotografía. La entregarían en un mes, pero como no teníamos dinero para pagarla, se quedó guardada por mucho tiempo, hasta que juntamos el importe.

En esta foto aparecíamos sonrientes, jóvenes, llenos de ilusiones, tal como en realidad era. Mi hijo en medio de los dos, gordito y con su trajecito nuevo. Ese día realmente estábamos felices, había sido un buen día de venta, por eso nos retratamos. Dejamos algo a cuenta para el pedido y paseamos con nuestro hijo por la ciudad. Ese día hicimos planes de comprar una casita e irnos a vivir solos, propuse que fuera en San Cristóbal, pero él no quiso; no obstante, empezó a juntar dinero para comprarme mi casa.

Cuando nació mi tercer hijo, Armando, nos independizamos, compramos una casa enfrente de la de mi suegra. Era una casa muy modesta, pero amplia. Tenía lo necesario, y yo me encargué de adecuarla a nuestras necesidades. Una cocina amplia para que todos mis hijos entraran, un patio enorme para que jugaran y un sitio o jardín en el que cultivé flores y verduras.

Mi hijo nació el 7 de diciembre, el día de la Virgen del Refugio y así se llamó: Armando Refugio. Era la costumbre poner el nombre que rezara, es decir, el que dictara el calendario. Se llamó Armando por un hijo de mi suegra que había fallecido; de todas maneras, el nombre no me desagradó del todo.

Después nació mi hija Lupe, un 11 de diciembre a las 11 de la noche, casi en la fiesta de la Virgen, por eso se llamó así, Guadalupe. Era una niña muy tremenda, traviesa y aguerrida, por lo que, como era de suponerse, fue la consentida de su padre y de su abuela.

A los dos años llegó mi hijo David. Nació el 29 de diciembre, día del rey David, por lo que tomó ese nombre. Nació sietemesino, le faltaron dos meses, por ello era menudito y flaco; lo es hasta el día de hoy. Siempre fue muy enfermizo, pero también siempre luchó por vivir. Es un gran guerrero, como David que pudo vencer a Goliat. En el nombre lleva su penitencia, porque ha sabido sortear todas las dificultades de la vida, varias veces se ha escapado de la muerte. Este hijo mío ha sido un apoyo fundamental en mi vida, nunca me ha desamparado y siempre ha estado conmigo en los peores momentos.

Recuerdo que una vez estuvo a punto de morir por un rayo, cayó muy cerca de él, todo se cimbró y se desmayó. Lo tuvimos que curar de espanto y hacerle una limpia. Ha sufrido varios accidentes automovilísticos, se cayó de una azotea y lo han asaltado. En fin, ha luchado mucho. Como dije, es un gran guerrero.

Después de él nacieron cuatro hijas: Judith, Amparo, Leyda y Bety. Esta última falleció a los pocos días, yo no tenía leche y lloraba de hambre. Mi inexperiencia y mi necesidad me llevaron a darle leche de vaca. Eso le generó una congestión estomacal y, a los pocos días, murió. Lloré mucho y mis hijos también, creí que nunca más volvería a enterrar a un hijo, y lo hice con mucho más dolor que a la primera. Aunque tenía muchos hijos, a todos los había amamantado, sólo les dejé de dar leche cuando estaba

embarazada, pero esa leche la sustituía con atoles. Nadie me dijo que la leche pura de vaca era malísima para un recién nacido.

Al año de la muerte de mi niña, en 1973, nació mi hijo Efraín, fue el último que nació en Chiapas. Poco tiempo después la necesidad me trajo a la ciudad de México.

En mi casa fui muy feliz y mis hijos también. La fuimos pagando poco a poco, y digo que la fuimos pagando porque yo también contribuí a ello. Sabía cocinar y bordar. Con mi suegra aprendí a hacer pan, también lo hacía y mandaba a mis hijos a venderlo, pero también vendían comida, elotes y chayotes hervidos; dulce de calabaza, camote y plátano. En Día de Muertos hacíamos coronas para los difuntos. Hacíamos de todo y lo vendíamos. Creo que ése fue mi error, ayudar a mi marido a sostener la casa, porque en cuanto vio que yo aportaba, él empezó a emborracharse y a violentarse, discutíamos incesantemente y, cuando trataba de golpear a mis hijos, yo los defendía. Se iba con su madre y, ya sobrio, regresaba como si nada. Mis hijos, los varones sobre todo, le empezaron a tomar odio o resentimiento, o no sé qué.

Yo no quería que tuvieran la misma sensación que yo tenía respecto a mi madre, la cual me atormentaba cada día. Por eso siempre lo justificaba, les decía a mis hijos que no lo culparan, que lo perdonaran, que estaba cansado, que necesitaba amigos, en fin, siempre lo defendí.

Mis hijos mayores terminaron la primaria y se fueron a San Cristóbal a estudiar la secundaria. Mi hija Lupe, siempre rebelde, se vino a México con unos parientes lejanos que le ofrecieron comida, escuela y trabajo. Trabajó con ellos como criada y terminó la primaria y la secundaria.

Me gustaba su valor y su decisión. En el fondo, yo no quería que estuviera en el pueblo, quería que saliera de ahí, que se superara y que fuera alguien en la vida.

Candelario y Armando, también trabajaron, hicieron de todo, desde lustrar zapatos hasta cargar bultos. Nosotros les ayudamos

con los gastos para comer y dormir, pero ellos se procuraban todo lo demás. Siempre fueron muy luchones.

Me quedé con David y mis tres hijas. Mi hijo era el que más me ayudaba, siempre me acompañaba a donde fuera y me auxiliaba en todas las tareas de la casa. Siempre luchó junto a mí y fue mi compañero. Por su carácter noble, algunas veces lo mandé a la cantina a ver a su papá para que no le pasara nada. Él nunca protestó, iba a cuidar a su padre con riesgo de que aprendiera a tomar o a jugar, pero gracias a Dios, que me lo cuidó, nunca cayó en el vicio.

Fueron los malditos vicios, el alcohol, el tabaco y el juego, los que nos obligaron a salir del pueblo. Un pleito de cantina en el que se vieron involucrados varios sujetos. El resultado: un muerto. Pero ya no nos quedamos a averiguar quién fue el culpable. Esa noche salimos del pueblo, directo a San Cristóbal, donde nos refugiamos en la casa de mis padres, que ahora vivían ahí. Mi madre no había cambiado nada. Su comportamiento ya no me dolía, pero cuando vi el rechazo hacia mis hijos, eso me dolió mucho más, por lo que decidí buscar otro camino.

Aunque intentamos habilitarnos en una vivienda en San Cristóbal, sin cosas fue muy difícil. Mi padre a veces me visitaba y me llevaba dinero, creo que lo hacía a escondidas de mi mamá, porque decía que no dijera nada.

Mi marido, que siempre se sintió rechazado por mis padres, no nos acompañó con ellos, se fue directo a la ciudad de México, donde vivía su madre biológica con las hijas que eran resultado de su segundo matrimonio, aunque ya estaba divorciada. Tenía tres hermanas, Mariana, Nayeli y Gabriela. Acudió a ellas, quienes le brindaron todo el apoyo. Pronto encontró trabajo y mandó por nosotros.

A pesar de todas las dificultades, doy gracias a Dios por habernos permitido salir del pueblo. De no haberlo hecho, mis hijos nunca hubieran salido adelante, especialmente mis hijas,

ya que al no haber oportunidades para ellas, hubieran terminado como yo, llenas de hijos, con maridos borrachos o golpeadores, vendiendo comida o alcohol. Peor aún, ignorantes, analfabetas y dependientes.

Mi hijo Candelario, que había terminado la preparatoria, ya estaba con su padre en la ciudad de México, luchando por entrar a la universidad. Armando todavía estaba en la prepa, pero él no me preocupaba, después de todo, sabía vivir solo. Mi hija Lupe seguía en México, terminando la primaria. Mis hijos pequeños estaban en primaria, ellos se adaptarían fácilmente. Además, la emoción de conocer un lugar nuevo y alejarse de una familia que en realidad no lo era, constituía un aliciente. Su entusiasmo fue para mí alentador y decisivo para marcharme, dejar atrás el pasado y continuar progresando. Después de todo, no tenía nada que perder y sí mucho por ganar.

LA VIDA EN LA CIUDAD

Cuando recibí el giro con dinero para los pasajes, me puse feliz. Por fin nos íbamos del pueblo a buscar otra vida. Vendí mi pequeño patrimonio: un metate, un comal, un anafre donde cocinaba, una mesa con cuatro banquitos y una cama. Me fui a despedir de mis padres y de mis hermanos, con quienes tenía poco contacto. Mi madre me dijo que ojalá y no fracasara y, si eso sucedía, yo me lo habría buscado. No me extrañó su respuesta. Aunque no esperaba consejos o palabras de aliento o consuelo, sí su bendición, por lo menos. Gracias a Dios, siempre fui optimista, y la fuerza de mis hijos me alentó a luchar.

Mi padre, en cambio, me rogó que no me fuera, que me quedara, que él me daría una casa para vivir, pero ya era demasiado tarde. La decisión estaba tomada. Mis hijos estaban felices, para mí eso era lo principal, que ellos estuvieran convencidos de continuar en otro lado.

Empaqué mis "trapos" en cajas de cartón y, dentro de ellas, muchos recuerdos, lindos y desagradables, muchas vivencias y experiencias. Tomamos el camión en la central de San Cristóbal; fue mi padre a despedirnos.

Con cinco hijos a cuestas, abordé el camión y dije adiós a una vida llena de sinsabores y malos recuerdos. Mi papá se animó y nos acompañó hasta Oaxaca. En el fondo pensaba que cambiaría de opinión, pero la decisión estaba tomada. Me fue tratando de convencer de no venirme a México, de lo difícil que era la vida, de los peligros que se corrían, de todo lo que se decía de

la ciudad. Al final no logró persuadirme y en Oaxaca nos separamos, él regresó a Chiapas, yo me vine a México.

Llegamos a la ciudad de México en octubre de 1974. Vivimos en la casa de mi suegra verdadera, a quien ni siquiera conocía. Ella había huido de la furia de su madre al nacer su hijo, pues consideraba que ser madre soltera era un insulto, un pecado. Su propia madre le quitó al hijo y la echó de la casa, huyó a la ciudad, donde comenzó una nueva vida. Ahí conoció al padre de sus hijas, pero la dicha no duró mucho tiempo, pues se divorció cuando nació Gabriela, su última hija.

Al principio la relación fue cordial, pero como dice el dicho: "El muerto y el arrimado a los tres días apestan", y con niños pequeños y traviesos, más. Su casa no era grande y nosotros éramos muchos, así que siempre había quejas de su parte. Además de mis cinco hijos, se nos unieron los tres mayores. Así que éramos diez miembros de la familia, un verdadero desorden.

Mi marido era carpintero, ya trabajaba en un taller y tenía algunos ahorros, así que, con lo que juntó, pagó el depósito y nos fuimos a vivir a una vecindad ubicada en avenida Del Taller. La vivienda no era amplia, tan sólo tenía dos habitaciones, una pequeña cocina y un baño; era todo un lujo contar con todo esto. Así empezamos nuestra nueva vida en la ciudad de México.

Yo me adapté pronto a las circunstancias. Empecé a vender lo que sabía hacer, pero no resultó del agrado de las personas, por lo que mis guisos no fueron bien aceptados, el pan y los tamales, tampoco, así que tuve que emplearme aseando casas, lavando y planchando ropa ajena. Mis hijos me ayudaban también, era más bien terapia ocupacional para no estar todo el día encerrados en la vivienda, así que hicimos de todo.

Mis hijos entraron a la primaria, una que estaba sobre calzada de La Viga, sólo que en el turno vespertino, por lo que en las mañanas trabajaban en casas, haciendo el aseo o en fonditas del rumbo, lavando trastes. Mi marido ganaba bien, pero éramos tantos, y con

mis hijos mayores que iban a la universidad, no nos alcanzaba. Mi hija Lupe, que todavía no entraba a la prepa, trabajaba y me ayudaba con los gastos.

En 1975, nació mi hija Juanita; luego, en el 78, nacieron mis gemelas, Teresa y Silvana. Nunca me nació ponerles el nombre de mi madre a mis hijas; con ellas rompí también con la costumbre de ponerles el nombre del calendario. En 1980, nació mi último hijo, Roberto. Le puse como mi padre, aun a pesar de la oposición de mi marido.

Mi padre me visitó dos veces, vino con mi madre, pero no le vi buena cara. Creo que, en el fondo, se alegraban de mi pobreza, de mi fracaso, de todos los hijos que tenía, aunque nunca les pedí nada; tampoco fui a chillarles o a rogarles que me recogieran o me apoyaran.

Ése fue mi destino, quizás. No me arrepiento de tener todos los hijos que tengo, tampoco de mi situación. A pesar de todas las penalidades y las carencias que pasé, no tengo ningún hijo delincuente o drogadicto, ninguno es alcohólico. Aunque no todos son profesionistas, sí son hombres de bien, y ésa es la mejor recompensa que he tenido.

También vinieron a verme mis hermanos, no sé si porque me tenían cariño verdadero o también por morbo, por ver cómo vivía. Yo los recibí con el mismo amor de hermana, los llevé a conocer la ciudad, los atendí conforme a mis posibilidades.

En 1981 mi padre se puso malito, se cayó del caballo y se golpeó en el hígado. De ese golpe le dio cáncer y ya no se recuperó. Murió en 1982. Fui a verlo, me pidió perdón, pero no tenía nada que perdonarle. Volvió a pedirme que regresara a Chiapas y dijo que me daría una casa para vivir, porque no aguantaba ver la "pocilga" donde vivía. Le dije que no. Si hubiera sido su voluntad, me la hubiera dado sin condiciones y en otro momento. Él no se quería morir. Me decía que cuando se recuperara, vendría a verme y a estar con mis hijos. Eso ya no sucedió nunca.

Cuando mi padre murió, me enviaron un telegrama. Sólo llegué al sepelio a dar el pésame a mi madre y a mis hermanos. La abracé y le di un beso. Como respuesta, me dijo que mi padre no me había considerado en su testamento, que si iba por herencia, tenía que regresar con las manos vacías. Mis hermanos tomaron la misma actitud, principalmente las mujeres. Yo no iba por herencia, sólo quería ver a mi padre por última vez. Fue tan poco el tiempo que conviví con él, que me sentía en deuda. Si antes no había pedido nada, mucho menos en ese momento, cuando mi situación había mejorado notablemente.

En efecto, mi papá no dejó testamento. Empezó la rebatinga entre los hermanos por sus propiedades. Nunca supe cuántos ranchos tuvo, mucho menos cuántas casas o dinero tenía. Me salí tan joven de la casa que me aparté de la familia; de verdad creí no merecer nada. Hace poco más de un año, al fallecer mi hermano mayor, supe que, al declarar el intestado, trataron de borrar mi nombre del reparto de propiedades, pero no pudieron hacerlo y, para vender el rancho donde vivía mi hermano, requieren mi firma. Firmaré lo que pidan, pues tengo la convicción de que el dinero mal habido es un dinero que no luce; en cambio, lo bien ganado es muy respetado.

Regresé a México con mi dolor. Como bendición, ese mismo año le ofrecieron a mi marido una casa en Ciudad Neza. La fuimos a ver, nos gustó y la compramos con muchos sacrificios. Empezamos de nuevo.

Mis hijos mayores habían terminado parcialmente sus estudios, creo que la pobreza y las dificultades en las que vivimos los desanimaron. Mi hijo Candelario se regresó a Chiapas y Armando estaba en la ENEP Aragón de la UNAM. Mis hijos Lupe y David estaban terminando la preparatoria, iban a la prepa 2, ya que, por trabajar, habían quedado debiendo materias y sus estudios les llevaron más tiempo. Mis hijas estaban terminando la secundaria y los pequeños en la primaria y el kínder.

Iniciamos otra etapa de nuestra vida en Ciudad Neza. Por fin nuestra casa propia y a empezar de nuevo, pero con otros horizontes. Empecé otra vez a trabajar, a vender pan, tamales y buñuelos. Mi esposo siguió trabajando, pero ahora de manera independiente. Por fin pudo tener su propio taller y sus propios contratos, por fin la vida empezaba a sonreírnos.

Mi hijo Candelario se casó y mi hijo Armando terminó su carrera de Pedagogía, pero se regresó a Chiapas. Él está convencido de que la familia, mientras más lejos, mejor. Mis otros hijos continuaron luchando por la vida, estudiando y trabajando.

En 1984, vino mi madre a visitarme; creo que para verificar dónde y cómo vivía. La acompañó mi hermano Manlio, quien aseguró que la casa estaba muy bonita y sugirió que la habíamos comprado con "algo" que me había dejado mi padre. Pero no, jamás recibí dinero de mi padre. A pesar de que pasé momentos de gran necesidad, de muchas penurias, y que a veces no tenía para comprarles zapatos a mis hijos, ni ropa, nunca le pedí dinero o apoyo. Me arrastré como pude, yo solita, nadie me dio nada.

Sufrimos, como todos en la ciudad de México, el fatal terremoto de 1985. Afortunadamente, ninguno de mi familia resultó afectado. Creo que mi padre se convirtió en nuestro ángel guardián, porque dos de mis hijos se salvaron de morir en ese acontecimiento. Mi hijo David se enfermó del estómago y la fuerte diarrea le impidió ir al trabajo. El edificio donde trabajaba se vino abajo. A mi hija Lupe se le hizo tarde, no alcanzó a llegar al metro. Cuando estaba cerca, mucha gente salía corriendo llena de tierra y con heridas. Diosito me los cuidó y protegió como siempre lo ha hecho.

En 1986 me avisaron de la enfermedad de mi madre. Dudé en ir a verla, pero finalmente lo hice. Ella estaba delicada. La vi tan indefensa que la abracé; ella también lo hizo, me dio un beso y me pidió perdón, yo también lo hice. No sé cuál fue mi error, siempre creí que no me quería, nunca entendí su comportamiento. Tomé sus manos y recé. Ella me entregó sus aretes de oro, que todavía

conservo con mucho cariño, como símbolo de su amor que nunca sentí o que, tal vez, nunca supe comprender.

Mi madre falleció ese mismo año, yo estaba en paz conmigo misma y con Dios. Él sabe que nunca actué con mala intención, que siempre la respeté y quise. Al sepelio no me acompañó ninguno de mis hijos; después de todo, siempre estuvieron alejados del amor de la abuela. Mi familia fue tan distante para ellos que nunca se acercaron; de ambas partes fue lo mismo. Nunca supe por qué mi madre se comportó como lo hizo, tal vez sufrió lo mismo que yo, sólo Dios sabe.

Ahora creo comprender el porqué del comportamiento de mi madre. Ella quería hacerme una mujer fuerte y dura de carácter, pero yo la necesitaba; de verdad me hizo mucha falta. Creo que por no decepcionarla nunca fui a pedirle un consejo u opinión, quería demostrarle que yo era muy feliz, que nada me afectaba. En el fondo no sé si lo logré, la verdad es que ahora ya no me importa.

Yo, en cambio, fui diferente. A mis hijos les presté atención, a mi modo, pero lo hice. Siempre estuve a su lado apoyándolos, defendiéndolos, nunca los dejé con nadie para que los cuidara. Procuré en todo momento que tuvieran lo necesario para la escuela y la vida. Mi marido siempre me echó en cara que era muy consentidora. Él sí les pegaba para corregirlos, yo me interponía y también me tocaban los cintarazos.

Ahora está pagando las consecuencias. Mis hijos siempre vienen a verme los fines de semana y a él lo saludan, pero no se quedan mucho tiempo con él. Si estoy en la cocina, ahí están conmigo; si estoy en la sala, ahí se reúnen. Con su papá hablan muy poco, nunca rompieron la barrera de hablarle de usted, tampoco superaron el hecho de que la comida se le sirve primero a él y que siempre debe estar a la cabeza. Usos y costumbres.

Mis hijos siguieron cada quien su camino, hicieron su vida, pero me queda la satisfacción de que no fueron una familia desarraigada,

al contrario, siguen unidos a pesar de las diferencias que pudiera haber, se han cohesionado.

Mi esposo, aunque parco y seco, siempre fue un buen padre, procuró a todos sus hijos; siempre estuvo al tanto de sus enfermedades, de sus calificaciones, de lo que necesitaran. Quizá no fue muy expresivo o cariñoso con ellos, pero sí un buen padre. Por ellos dejó el vicio, nunca dejó de fumar, pero sí la bebida. Ya no se violentaba como antes, yo no sé si el comportamiento del pueblo lo contagiaba, pero su conducta en la ciudad fue distinta.

Mi vida en la ciudad fue y ha sido maravillosa, me cambió totalmente. Aquí progresé y luché por ser alguien en la vida, no sé si lo logré, pero por lo menos he tenido oportunidades de conocer otros lugares y personas; mi mente se abrió a otros horizontes.

Nunca trabajé en forma, es decir, con un sueldo fijo, pero lavaba y planchaba ropa ajena. Lo que más recuerdo fue haber hecho el quehacer en la casa de un diputado del PRI, no me acuerdo cómo se llamaba, sólo su apellido, Valdez. Fue una gran etapa porque la señora era muy buena gente, siempre me mandaba comida y ropa para mis hijos.

EL DESENLACE

Poco a poco me fui calmando, seguí en la azotea viendo a mis nietos. Mi hija Silvana bajó a darle de comer a su padre, pero él no quiso. Le preguntó por mí, ella le dijo que estaba arriba.

Ya calmada, me preguntó qué pensaba hacer. No le contesté. Le pedí que llamara a mi hija Amparo. Marcó el número, cuando contestó, le pedí que viniera por mí.

Mi hija, sin saber nada, llegó a la casa. Primero vio a su padre, quien estaba tomado, y le preguntó por mí. Le dijo que estaba arriba, con Silvana. Él le preguntó:

—¿Qué te dijo tu madre?, de seguro ya te puso en contra mía.

—Nada, ¿qué tendría que decirme?

—No sé, cosas de borrachos, pendejadas.

—Ojalá no la haya golpeado, porque entonces se las verá con nosotros.

—Ahí que te platique ella —dijo secamente.

Subió a verme. Me encontró llorosa, me dio un beso, me abrazó y me preguntó lo que me había pasado. Le pedí que me llevara a su casa para platicarle. Me fui con ella y le conté toda esta historia. Cuando terminé, me preguntó algo que todavía sigo pensando:

—¿Vale la pena dejar a mi padre en este momento, después de todo lo que han pasado juntos, de todo lo que han vivido? Yo lo hubiera dejado hace mucho tiempo, no ahorita.

—No lo sé, hija. La verdad es que siempre lo quise, por eso le perdoné todo.

—¿Por qué hasta ahorita protestas y antes no?

—Por ustedes. No quería dejarlo para que ustedes no me reprocharan.

—Pero si nosotros salimos adelante más por ti que por él. Tú nos alentaste a seguir, tú nos motivaste a estudiar, a trabajar y a ser independientes. Igual hubiéramos salido sin él.

—No quería que vivieran sin padre. Yo no tuve amor de padre y de madre, por eso no quería que ustedes padecieran lo mismo que yo.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—Dormir —contesté.

Era de madrugada cuando nos fuimos a dormir. Mi yerno y mis nietos ya se habían ido muchas horas antes, nos dejaron en la sala, platicando. Nos acomodamos en su cama, mi hija me abrazó y dormimos.

Aunque dormimos muy poco por estar platicando, descansé. No sé si porque estaba muy cansada, si por haber llorado o por haber contado casi toda mi vida. Eso siempre lo quise hacer y no me había atrevido.

Al día siguiente nos despertó el teléfono, eran mis hijas Tere y Judith, ellas vivían conmigo y se habían enterado del pleito por Silvana. Consideraron imprudente hablarme por teléfono o ir a verme el mismo día. Estaban preocupadas y llamaron. Contestó mi yerno, les dijo que estaba dormida.

Me levanté preocupada, quería saber cómo había pasado la noche mi marido. Después de todo, era la segunda vez que nos separábamos después de cincuenta y ocho años de vivir juntos. Yo sé que, de todas maneras, por su enfermedad y su situación, no estaba pasándola nada bien.

Como era de esperarse, regresé a casa. No le hablé ni le dirigí la palabra. Él tampoco hizo ningún comentario. Mis hijas fueron las que le sirvieron su desayuno que apenas probó. También ellas hicieron la comida. Me confiaron que le habían reclamado su actitud hacia mí, pero él se había mantenido en que se encontraba

borracho. Incluso me dijeron que, al intentar levantarse de la mesa, se había caído, que no había cenado y lo descubrieron llorando.

En otras ocasiones nunca hui ni me quejé con nadie. ¿Con quién? Mis hijos, niños todavía, lloraban y me abrazaban; cuando me golpeaba, ellos me defendían, y al ver su llanto, él se contenía. En el pueblo él se iba con su abuela, y al día siguiente actuaba como si nada, ni una disculpa, así se fue haciendo costumbre. En la ciudad una sola vez intentó golpearme, pero mis hijos lo amenazaron con llamar una patrulla, eso lo contuvo y lo hizo cambiar. Dejó de tomar y se volvió más cariñoso con todos. Aunque sí discutíamos, nunca trató de golpearme. Ya no hubo golpes, pero sí otras formas de agresión verbal, me celaba constantemente. Yo no contestaba para evitar que mis hijos se dieran cuenta de nuestros problemas. Grave error.

Hace diez años le detectaron cáncer de próstata, y aunque la mayoría de mis hijos hicieron su vida, este acontecimiento los acercó más a él. Hicieron reuniones para analizar su situación, consultamos doctores y hospitales. Mi hijo David, que todavía trabajaba en el banco, lo dio de alta en el servicio médico y lo estuvieron atendiendo en un hospital particular. Cuando mi hijo fue liquidado del trabajo, nos quedamos sin el servicio, pero Judith, que es maestra, lo dio de alta en el ISSSTE, y Efraín, que es doctor, lo dio de alta en el IMSS. Estuvo en largo tratamiento con quimioterapia y medicamentos varios. Finalmente logró ganar esa batalla, pero quedó muy débil y desganado. Obviamente, ya no trabaja.

Nunca tuvo un trabajo de planta, es decir, que le dieran seguridad social, así que no alcanzó jubilación ni prestaciones ni vacaciones; siempre fue independiente. Ahora vive las consecuencias, ya que no trabaja y depende de lo que nuestros hijos nos dan. Yo sigo trabajando, nunca me acostumbré a depender de alguien ni a estar esperanzada a que mis hijos me mantengan.

Por el machismo en el que vivió, creció y se acostumbró, fue frustrante que le diera cáncer de próstata. Al principio de su enfermedad, los médicos le dijeron que lo operarían y se la quitarían. Nunca lo aceptó ni quiso, según él, porque dejaría de ser hombre. ¿Qué más tendría que demostrar o a quién?

Pero creo que lo más frustrante es tener que depender de sus hijos, de las hijas principalmente, ya que son las que más nos ayudan. Y de las hijas, porque él se oponía a que estudiaran. Recuerdo que cuando mi hija Lupe anunció su decisión de estudiar la prepa, él le contestó: "¿Para qué, si te vas a casar y ni te van a dejar trabajar?" Mi hija Lupe, enojada, le contestó: "¿Para no depender de nadie, papá, para que ningún hijo de la chingada me golpee y me diga lo que tengo que hacer! Para ganar mi propio dinero y comprarme lo que yo quiera. Después de todo, a usted no le pido nada porque yo trabajo, y lo que tengo me lo he comprado con mi propio esfuerzo".

Mi marido quiso pegarle, pero ella se defendió y mis otras hijas se pusieron de su lado. Mi hija estudió la prepa y la universidad y fue ejemplo para sus hermanas.

Cuando Judith y Amparo terminaron la secundaria, él les dijo que estudiaran una carrera corta porque él no podría pagar la prepa. Judith fue la única que le hizo caso, estudió para secretaria, pero cuando terminó y empezó a trabajar, estudió la prepa abierta y luego para maestra de educación especial. Amparo estudió la prepa y luego la universidad. Leyda no quiso estudiar, sólo terminó el primer año de prepa, se dedicó a trabajar, pero es la hija más próspera, económicamente hablando. Ella siempre ha dicho que para triunfar en la vida no se requiere de carrera universitaria, basta con querer hacer las cosas, y lo ha logrado, es un ejemplo de entereza, dedicación y valentía. Leyda es quien heredó mis dotes de comerciante.

Después del enfrentamiento con mis hijas, mi marido ya no se opuso a que los demás estudiaran lo que quisieran. Eso agradezco a la vida, mis hijos no siguieron el mismo camino que yo.

El cáncer de mi esposo unió a mis hijos con él, que siempre estuvieron distantes. Eso me da gusto. Después de todo, mi marido siguió un patrón de comportamiento basado en los usos y costumbres del pueblo, ¿qué podía hacer para cambiar? No era su culpa, así aprendió a vivir, a golpes.

Cuando nos casamos, no sabía hacer nada. Trabajé acarreado marranos, los llevaba de un lugar a otro cuando los compraban o vendían. A veces participaba en la matanza de los mismos y aprendí a matarlos, eso le daba algún dinerito extra. Cuando no había negocio de marranos, se iba a trabajar a las fincas cafetaleras o a las obras de carretera como peón. Pasaba meses fuera de la casa, sufriendo penalidades, comiendo quien sabe qué cosas. Cuando regresaba, su abuela le metía ideas en la cabeza: que si su mujer estaba coqueteando con los marchantes (comerciantes), que si sus hijos le habían hecho travesuras, que si andaban en vicios, etc., así que siempre nos golpeaba por eso, por creerle más a ella que a nosotros, por eso el distanciamiento de sus hijos.

Creo que, de todas maneras, yo era muy débil y nunca tuve el valor de dejarlo, de protestar, de demandarlo, así me habían educado y acostumbrado. Muchas veces pensé en vengarme cuando estaba dormido, pero no lo hice. En el fondo le tenía compasión y trataba de justificar su ira. ¿Qué podía dar si no había recibido más que odio? Su abuela no dejaba pasar la oportunidad de echarle en cara que era un bastardo, que era hijo de una cualquiera, que no tenía padre. Él estaba acorralado, no tenía suficiente dinero para comprar una casa y salirnos de ahí. Si sólo había recibido rechazo y odio, ¿qué podía proporcionar a sus hijos? Por eso lo comprendía, ya que estaba solo en el mundo; su única familia éramos nosotros, sus hijos y yo.

Cansado de andar como judío errante en las carreteras o en las fincas, un compadre nuestro, carpintero, le ofreció ayuda en su taller, lo aceptó como aprendiz. Así fue como se inició en el arte de la carpintería. Don Cornelio, su compadre, le enseñó a cortar

madera, a trazarla y a confeccionar muebles, fue así como se hizo “maestro”. Cuando hacía sus propios trabajos, fue juntando dinero. Con eso pudo pagar más rápido nuestra casita, a la cual le tuve mucho cariño.

Salimos juntos de la pobreza, luchando uno junto al otro. Por eso me dolió y decepcionó su comentario, porque, a pesar de las dificultades, nunca lo dejé, nunca lo traicioné, siempre le fui fiel. Aguanté todo, pobreza, humillaciones para estar con él. Lo preferí ante mi familia, mis padres no lo querían y, a pesar de ello, seguí a su lado. Pero por otro lado, también pensaba que era el único camino que me quedaba, ¿a dónde podía irme o con quién?

Mis hijos me reclamaron muchas veces que aguanté mucho, y tal vez sí, pero si lo hubiera dejado, el camino habría sido más difícil. Ser mujer en México ya era un estigma, y ser madre soltera, otro. Padecí en carne propia la ausencia de padre y madre, me dolió mucho. Yo hubiera querido tener un consuelo, alguien en quien apoyarme, por lo menos alguien que me escuchara y guiara. Pero no, todo lo tuve que aprender sola y a punta de fregadazos. Yo no quería eso para mis hijos.

Al ver la indiferencia de mi parte y ver las caras largas de mis hijas, se acercó a mí y me preguntó que si podíamos hablar. Le contesté que para qué, o de qué serviría. Él contestó:

—Para aclarar las cosas.

Mis hijas intervinieron exigiendo una disculpa, él alegó:

—Eso es cosa entre su madre y yo, no de ustedes.

—Lo que le incumbe a ella, nos incumbe a nosotras —contestó Amparo—. Si ella habla con usted, será enfrente de nosotras, ya estuvo bueno.

—Repite lo que dijiste ayer —interrumpí drásticamente.

—Estaba borracho, no sabía lo que decía.

—¡Borracho o no, le debe una disculpa a mi madre o me la llevo ahorita mismo!

—Si se va, ya no vuelve a entrar —contestó decididamente.

—Perfecto, piénselo bien, porque nos vamos todas. ¿No querrá morir como su abuela, sola y abandonada, verdad?

—Ni modo, así estaría escrito.

Yo quería parar el pleito. La verdad es que no me gustaría enemistar a mis hijas con su padre, especialmente por su condición, pero tampoco quería que se repitieran las escenas tan desagradables que, según yo, habían quedado en el pasado.

Todo mundo gritaba y discutía con su padre, las cosas subieron de tono, hasta pensé que le pegarían. Armándome de valor, pedí la palabra:

—Eres muy ingrato conmigo. Siempre estuve a tu lado en las buenas y en las malas. A pesar de todo lo que me hiciste, he estado contigo incondicionalmente, luchando por salir adelante, perdonándote para que la familia no se desintegre, ¿por qué eres tan desconsiderado?

—Ya sabes que cuando tomo, digo cosas que no quiero decir. Lo cierto es que hacía tiempo que no tomaba.

—Pero algo sientes para decirlas, ¿por qué no las expresas y tienes que herir a las personas?

—No siento nada, viejita linda. Ayer tomé unos tragos porque vi a mi abuela que me estaba llamando con ella y todavía no me quiero ir. No quiero dejarte sola.

Estas palabras me desconcertaron mucho y a mis hijas también. Desde antes de la detección del cáncer no había tomado. Últimamente había estado deprimido, se había sentido muy cansado y enojado, por eso me había extrañado que tomara algunos tragos. Mis hijas presintieron el fin de su vida cuando escucharon que su abuela lo estaba llamando.

Silvana lo abrazó. Ya lo había regañado mucho. Le dijo, para tranquilizarlo, que si su abuela le había pedido que le dijera eso a su madre. Él contestó que sí. “Pues no lo vuelva a decir otra vez, no sea grosero”.

Todos entendieron que no tenía caso discutir, después de todo, él estaba sufriendo por su enfermedad, por su vejez, por el rechazo de sus hijos, pero también por mi indiferencia.

No se habló más del tema, comimos todos en silencio. Él apenas probó algunos bocados, nadie quería romper el hielo.

Por supuesto que no se habló más del tema, la sola idea de la muerte nos aterró a todos. De nuestra familia no hemos sepultado a nadie. Cuando mis padres murieron, sólo yo sentí su ausencia, mis hijos no conocieron el amor de los abuelos, y el nulo contacto que teníamos no generó ningún sentimiento.

Cuando mis suegras, Ruperta y Salvia, murieron, tampoco lo sintieron. Fueron tan distantes, que no generaron sentimiento alguno. Doña Ruperta murió en el pueblo, sin que nadie la auxiliara. Sus hijos habían fallecido antes que ella, y sus nietos no la habían cuidado, mucho menos las nueras. Nosotros, por estar lejos, tampoco. Sólo su hija fue a verla en varias ocasiones, pero con el resentimiento de haberle quitado a su hijo y haberla desterrado de su vida, se sentía odio, eso había provocado distanciamiento y choques emocionales. Falleció en un asilo donde fue confinada, abandonada y enferma.

Mi suegra murió en un hospital del ISSSTE, también se había ausentado de nuestra vida. Para ella, su hijo era poca cosa. Cada vez que lo veía, se imaginaba al hombre que le había robado su inocencia y a su madre, al hombre que nunca le respondió y la abandonó a su suerte. Muchas ideas estaban presentes en su mente y las externaba a sus hijos. Su segundo matrimonio había fracasado, según ella, por culpa de la deshonra de su primera experiencia. El marido la golpeaba, y de tanto golpe, la volvió loca, según su hija Graciela, la traumó y a veces veía cosas, sufrió de esquizofrenia.

En esta vida nos ha tocado estar solitos, sin nadie más. Mi familia somos nosotros y los hijos, ahora las nueras, yernos y nietos. Pero primos y tíos, son algo desconocido para ellos. Gracias a Dios, no hemos enterrado a ningún familiar directo, y la sola idea de la

muerte nos angustia. A pesar de saber que algún día tenemos que morir, no lo hemos contemplado.

Pero si la muerte es angustiante, saber que él tiene esquizofrenia es mucho más aterrador, no sabríamos cómo reaccionar o qué hacer. Su enfermedad había sido un proceso largo y complicado, las crisis sufridas después de la quimioterapia, la caída del cabello, su decoloración, los estudios practicados, etc., todo eso había cohesionado a la familia, principalmente en torno a él, ya que, para mis hijos, su padre siempre había sido una autoridad más que un compañero o cómplice.

En fin, como era de suponerse, terminé perdonándolo. No tengo corazón para abandonarlo casi al final de la vida. Soporté tanto porque no quería pasar el resto de mis días sola. Vi cómo se acabaron mis padres con muchos arrepentimientos, o mis suegras abandonadas. Dos de mis hermanos murieron dejando muchos problemas con sus hijos.

Yo no quiero nada de eso, quiero que mis hijos me recuerden como una buena madre, abnegada, tonta tal vez, pero feliz. Tampoco quiero dejar a mi marido solo; él actuó como lo hizo porque fue lo único que aprendió. Vivió entre el rencor, el odio, la venganza, el resentimiento. Quiero que conmigo esas generaciones acaben.

Para mí, cada día que pasa es un regalo, y mientras pueda abrir los ojos, me enfocaré en el nuevo día y en todos los recuerdos felices que he vivido. No tengo más que agradecer a Dios la vida que me tocó vivir, de lo contrario, hubiera sido otra persona.

LAS CONCLUSIONES

Fueron muchos hijos los que tuve, aun así siempre procuré darles palabras de cariño y aliento a cada uno de ellos; aunque era costumbre pegar para que aprendieran, yo trataba de no hacerlo.

Nunca entendí el comportamiento de mi madre, nunca supe si ella en verdad me quería, si era poco expresiva o qué pasaba por su mente. Más que una madre, la vi siempre como una capataz que sólo servía para ordenar y mandar, que le gustaba ser servida. Jamás encontré explicación alguna

Cuando me casé, me salí de Guatemala para entrar a Guatepeor, como dicen, pero no me arrepiento. Si no hubiera escapado con mi marido, habría sido con otro, y tal vez me hubiera ido peor.

No enseñé a cocinar a mis hijas. Ellas dicen que soy una egoísta y que me guardé todos mis conocimientos, pero la verdad es que lo hice para que no siguieran el mismo camino que yo y que no fueran esclavas de la cocina. Siempre les dije que estudiaran y que aprendieran a trabajar para que no dependieran de un hombre. Si se casaban y fracasaban, tendrían cómo hacerle frente a la vida. Yo nunca aprendí a leer, medio aprendí las letras cuando mis gemelas iban a la primaria porque ellas batallaron mucho para leer y escribir y yo las apoyé. También les pedí que no se dejaran golpear por los hombres; si éstos lo hacían, que se defendieran.

A mis hijos varones les enseñé a no golpear a las mujeres, no es de hombres aprovecharse de ellas.

Todos mis hijos salieron buenos para el estudio, no sé por qué, pues ni su padre ni yo fuimos letrados, pero ellos sí. Procuramos

siempre que tuvieran sus materiales de estudio: cuadernos, lápices, libros, monografías y todo lo que pidieran, para que no dijeran que porque no se les apoyó, no estudiaron. No todos alcanzaron carrera, algunos se quedaron en el camino, pero todos han hecho su patrimonio, poquito o mucho, pero me queda la satisfacción de que han salido adelante, cada uno por sus propios méritos.

Aunque siempre viví con pudor, hablé con ellas sobre la menstruación y las relaciones sexuales. Nunca sufrí abuso sexual, pero me aterraba oír las noticias con ese tema y hablaba con todos mis hijos al respecto.

No justifico la violencia, por eso no la ejercí con mis hijos, creo que conmigo morirá también el masoquismo que yo demostré.

Me siento feliz porque finalmente pude expresar historias que sólo yo conocía y que no había querido contar a nadie.